

aquí, por amor á la verdad, las afirmaciones que he hecho ya.

Afirmo, pues:

Que existe en el seno del gran pueblo de los hombres malos, una sinagoga de Satanás, modelada, en lo posible, sobre la verdadera Iglesia, que Dios ha establecido en el seno del pueblo bueno. Del mismo modo, que la Iglesia ha sido representada en la cuna del linaje humano por Abel, la sinagoga del *men perpetuo* de Dios estuvo figurada en Cain.

Cuando nuestro divino Redentor apareció en el mundo, encontró, en su camino, á esta sinagoga de Satanás, representada por los fariseos; y al lanzar contra ellos las terribles maldiciones que pueden leerse en el capítulo XXIII de San Mateo, entendió maldice la secta anticristiana, desde su origen, hasta el fin del mundo.

Esta sinagoga de Satanás, ó secta anticristiana, ha conservado las tradiciones que su maestro le transmitió por vías sobrenaturales, y ha conservado con sumo cuidado la creencia, de que debe aparecer un Redentor, para libertar el género humano del yugo de Dios, de la Iglesia, y de todo cuanto llama ella *supersticiones*, y destruir todo vestigio de orden cristiano, cualquiera que sea, para dejar á las pasiones del hombre la mas amplia facultad de holgarse.

Esas tradiciones y ese fin forman, hoy dia, el programa de la Masonería, ó sea, de la misma sinagoga de Satanás, que es fácil reconocer á través de los siglos de la historia.

Afirmo tambien, que la inmensa mayoría de los francmasones, ignora todo esto, y que contribuyan al cumplimiento de este misterio de iniquidad, sin ni siquiera reflexionar en lo que hacen; y persuadidos de que no existen, ni Dios, ni Satanás.

Afirmo igualmente, que esta sinagoga de Satanás, llamada, hoy, Franc-Masonería, corrompiendo y desnaturalizando las tres palabras, que forman la base de todo el cristianismo: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*,

y dando á su programa antisocial el título de *Progreso*, ha conseguido seducir á gran parte del mundo cristiano, y á que coopere á su obra detestable de destruccion de toda autoridad religiosa y civil.

Afirmo, por último, que todo eso ha de atribuirse, no al pueblo de los malos, sino á una secta especial, que siempre ha existido en su seno, y constantemente ha procurado dirigir, contra Dios y contra la Iglesia, todas las fuerzas de ese pueblo inmenso.

Yo no establezco esas afirmaciones á la ventura, no: he publicado cuatro volúmenes en su apoyo. Pero, supuesto, que, ni á mis *Cartas de un Ermitaño*; ni á la *Historia de la secta anticristiana*, no les ha cabido la dicha, mis Reverendos Padres, de persuadirnos, repetí mis demostraciones—bajo otra forma—en una serie de artículos, que publiqué en el *Journal de Florence*, en cuanto me lo permitian las necesidades de la polémica cotidiana. Pero no me dirigí mas á vosotros, mis ilustres maestros: pues, por lo mismo, que tengo el honor insigne y envidiable de contaros en el número de mis lectores asiduos, cuanto diga al público, queda sometido á vuestro juicio. Debía dar una razon de entrar otra vez en campaña, para atacar á la secta anticristiana; he aquí, pues, el motivo de dirigiros esta carta.

Nada, absolutamente nada, contestaré á la *Civiltà Cattolica*; pero continuaré leyéndola con mucha atención, porque en esta revista es donde me he inspirado siempre que desfallece en mi rudo trabajo cotidiano; y á ella debo el valor que me sostiene cuando defendiendo la verdad. Mas yo no me ocuparé sino de nuevos hechos, si se presentan, pero no de las acusaciones; pues temo, que al placer de justificarme, no se asocie el peligro de desagradaros, ó amigos míos muy venerados, y por nada del mundo quiero exponerme á tal riesgo.

JUAN ESTEBAN CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 24 de Noviembre 1874.)

HISTORIA DE MIS IDEAS

ACERCA DE LA

SECTA ANTICRISTIANA.

I.

Esta sublime sentencia del Espíritu Santo: *qui se humiliaverit exaltabitur*, apenas tiene en mi aplicación; puesto que Dios, al darme el ser, no me dotó de prenda alguna, por la cual pueda yo ser ensalzado. Al humillarme, no hago sacrificio alguno; lo que en otros pudiera calificarse de acto de una sublime virtud, solo es en mí, un acto de justicia para conmigo mismo. Pero, no deja de preocuparme la segunda parte de esta sentencia: *qui se exaltaverit, humiliabitur*. Nada ambiciono, sino el triunfo de la verdad; lo demás, poco me importa: y por eso, lo confieso, vería con dolor, que se rechazara la verdad, que proclamo; por la sola razon de haberla yo proclamado; y que á ella, y á mí, se nos precipitara de lo alto de la roca Tarpeya, solo por haber aspirado á la gloria del Capitolio.

Desearia se supiese, que no ambiciono ningún triunfo personal, ni mi amor propio se interesa en sostener mis ideas; como tampoco pretendo llevar adelante la discusión: lo mismo se gana prolando, que la secta reconoce por su padre á Cain, que afirmando, que empezó en el año 1720: el único beneficio líquido de esas discusiones es, exponerse, á las venganzas secretas de la *Sainte Véhème*, perder todo derecho á la protección de todos los Gobiernos, puesto que á todos imponen su ley, y malquistarse con Satanás; enemigo formidable, para quien no esté bajo la protección de Dios.

Si se me ve en la brecha, es, porque creeria desmerecer la protección de Dios, que es todo mi bien, toda mi esperanza y toda mi gloria; si desertara de la bandera de la verdad. Mientras flote, y nadie quiera reemplazarme, el deber me obliga á permanecer firme en mi puesto, anhelando de todo corazón, que algun capitán mas valeroso se presente á ocuparlo; y solo entonces, podre retirarme al hospital de los invalidos, morada de la cual tengo ya necesidad.

Antes de dar una demostracion completa del origen y objeto de la secta anticristiana, que lleva, hoy dia, el nombre de Francmasoneria, así como de los medios que pone en juego, para seducir á la mayor parte del género humano, siento la necesidad ineludible, de que mi inútil persona, quede libre del gran debate é importantísima cuestion—cuestion de vida ó muerte para la sociedad cristiana.—Para conseguir ese objetivo, bastará, que exponga sencillamente la historia de mis ideas acerca de la secta, y ponga el lector á la altura de poder fácilmente distinguir los errores, que fueran personales, de las verdades que haya bebido en los Libros inspirados.

En 1834, vivía en Turin, gran centro revolucionario, en medio de los conservadores, y formando parte del numeroso ejército, que se llamaba entonces, de los *scien mil buenos*. No se crea que haya yo conocido, ni siquiera de vista, á todos esos cien mil buenos; solo conocí algunos cientos, que no me parecían del todo buenos. Nosotros era-

mos conservadores, pero muy poco ó nada religiosos; y los más ilustres de mis colegas del círculo Viale, los Cavour, los Pisanelli, los Ponzá, San Martino, los Sclopis, los Siccardi, los Rorá, los Menabrea y muchos otros, pasaban ó disponíanse á pasar al campo de la revolución.

El día de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción se aproximaba. Empezaba á notarse cierto movimiento de esperanza, entre los católicos; movimiento, que llegó gradualmente al entusiasmo, y hasta al delirio; todos nos repetíamos en los transportes de puro éxtasis, que dejaron en mi alma recuerdos indelebles: «Nos hemos salvado, la Santísima Virgen vá á libertar al Papa de todos sus enemigos, y á concedernos la paz y el reposo, por la que seis años há suspiramos.»

Estaba convencido, de que iba á cumplirse un hecho maravilloso; y me creía feliz; no dudaba, que la Madre de Dios iba á otorgar á Pio IX mil gracias especiales, y me rogéjaba sinceramente; pero permanecía frío en medio de todos aquellos clamores. Me parecía, que la sociedad cristiana no era merecedora de las gracias de que el Papa era digno. Por una parte, veía, que el ejército de los cien mil buenos desbandábase poco á poco; por otra, los que permanecían católicos, mostrábanse, en mi concepto, más bien fieles á los hábitos del culto, que al ejercicio de las virtudes cristianas.

El mismo entusiasmo de que yo era testigo, aunque inspirado por muy loable sentimiento, no lo creía de buena ley. En el fondo de ese entusiasmo general, descubría el deseo de llegar á la paz, pero sin necesidad de ganar una batalla. La voz del Vicario de Jesucristo era aclamada por todas partes; lo confieso con placer; pero no era fundada en buenas obras cristianas, como hubiera debido serlo. Se aplaudía, y por ese solo hecho, muchos se creían exentos de todo otro deber para con el supremo Pastor. Pues bien, el Papa habla, no para obtener aplausos, sino para que todas las conciencias tengan un guía seguro en tiempo de perturbación, y comunicar el valor y la fuerza necesaria para combatir en las santas batallas del Señor.

Estos pensamientos bullían en mi imaginación, pero eran vagos, indecisos. Era muy joven entonces, para arrogarme el derecho de dar mi dictámen. No habiendo aun al-

canzado la sola autoridad, á la cual puedo aspirar,—hacia la cual he marchado después con suma rapidez—la autoridad de la edad, permaneci expectador silencioso. La ciencia de callar, es la única, que puedo lisonjearme de conocer completamente. La gran dificultad ha sido siempre hacerme hablar.

Sin el aguijón poderoso de la caridad, nunca hubiera escrito una sola línea. Si al católico le fuera lícito encerrarse en el círculo de su salvación individual, sin preocuparse de la ruina de la sociedad y de la perdición de las almas, de seguro, que no sería ahora director del *Journal de Florence*, en cuyo desempeño sabía muy bien, las innumerables amarguras y sinsabores que me aguardaban.

Mas Dios, en su bondad, me hizo comprender, después, la significación del terrible *ex solit*. No se abren de par en par las puertas del paraíso, al alma que se presenta sola; para entrar,—es preciso ántes llevar consigo buena compañía. Los mismos anacoretas de la Tebaída, reducidos al aislamiento, hicieron reclutas con sus ejemplos; otros, siguieron sus huellas sobre la tierra, y éstos, formaron su escolta al entrar en la bienaventuranza eterna.

Todo esto lo he comprendido después. En el tiempo á que aludo, aunque bautizado y educado en el seno de una familia cristiana, apenas era yo cristiano. Ningun conocimiento tenía de mis deberes para con mis semejantes; y la pretensión insensata de salirme de cuidados, me tenía como en equilibrio, entre Jesucristo y Belfal; he aquí lo que era entonces mi cristianismo. La única cosa, de esa época fúnebre de mi vida, de que puedo acordarme sin remordimiento, es la costumbre que yo tenía de dirigirme mentalmente á Dios, para rogarle iluminara mi pobre y confusa inteligencia. Consigno aquí este hecho, para utilidad del prójimo. Creo que no hay en el mundo un alma—por extraviada y libertina que sea—que no pueda fundar una gran esperanza en semejante costumbre, con tal, que sus invocaciones salgan de un corazón sincero y decididamente determinado á seguir las inspiraciones de lo alto, tan pronto como ellas le sean manifestadas.

Tras la proclamación de la Inmaculada Concepción, trascurren los años, y el milagro esperado, no aparece. Los milagros—si

asi pueden llamarse los prestigios, que, por permiso de Dios, Satanás opera para castigo del género humano—se presentaron en gran número en el campo revolucionario; tanto, y de tal modo, que habiéndose apoderado, en once años, el mundo moderno, de toda la Italia—ménos Roma y su pequeño territorio—trasladó en 1865 su capital á Florencia.

Yo seguí todavía en esta ocasión la corriente, y trasladé mis penates, desde las riberas del Pó, á las del Arno. Llevaba de Turin la impresión de un triste espectáculo, del cual no sabía darme entera cuenta. El trastorno moral y material, que produce la traslación de una capital; los quebrantos de intereses, que son su consecuencia directa para la ciudad abandonada, puede imaginárselo fácilmente cualquiera, que conozca el corazón humano. Lo que yo no podía comprender, era, que en medio de la irritación general y del rechamamiento de dientes, que dejábamos tras de nosotros, se levantara aún del antiguo centro revolucionario de la península, el grito siniestro: *á Roma! á Roma!*

¿Qué interés podía tener el pueblo turinés, decapitado por un capricho de la revolución, para invocar, que la capital se alejara aun de él, como unos cuatrocientos kilómetros? Las reminiscencias clásicas podían, hasta cierto punto, explicar ese grito en las personas, que comprendían esas reminiscencias; pero ¿y la multitud?..... Ese grito fúnebre resonaba en mi alma, no me dejaba tranquilo; me parecía responder á un pensamiento, en mi concepto, inaccesible, pero cuya existencia misteriosa, suponía probada por la ausencia de toda otra razón mejor, de ese frenesí de apoderarse de Roma.

Yo había estudiado la Masonería en muchos libros masónicos, y en muchas obras católicas; el resultado más claro de este poseso estudio se reducía á reconocer, cuán inspirada era la sabiduría de los Papas, que la habían condenado. Esto era mucho, era todo, bajo el punto de vista de la fe; pero, bajo el punto de vista de la razón, no era nada, puesto que no estaba al alcance de formarme una idea precisa, ni de sus orígenes, ni del objeto que ella proseguía, ni de los medios que ponía en juego para marchar á la conquista del mundo.

Vela, que, en las declaraciones de los adeptos, había algunas verdades; que había

aun más en los descubrimientos de los profanos; pero me quedaba en el fondo del alma la convicción, de que, ni unos, ni otros, estaban en posesión de la verdad entera. Para condenar la Masonería, no se necesitaba mas, que juzgarla por los frutos que había producido; pero para darse cuenta del objeto que proseguía, del pensamiento secreto que la dirigía, del heroísmo, por decirlo así, con que obraba el mal, eran necesarias otras razones que las aducidas por los adeptos, y que los profanos descubrían con dificultad é incompletamente en el fondo de sus cerebros. Había concluido por persuadirme, que sin auxilio especial de Dios, nadie podría de manifiesto, en toda su desnudez, el misterio de iniquidad, que la Masonería llevaba á cabo.

Aunque no tuviese yo sino una vaga sospecha, de que era la secta la que con su manía imprimía el movimiento revolucionario, al cual asistía, y cuyo grito de *Roma! Roma!* salía de sus entros, faltábame el ánimo para emprender las fatigas de un viaje largo y molesto, á través de un camino escabroso, para llegar al laberinto inextricable, en que ya me había perdido una vez. ¿No valía más empezar por el estudio de la historia contemporánea, por el exámen de la fisonomía del siglo, para indagar después las causas, que nos habían dado una época tan extraña é inexplicable, como en la que vivimos?

La respuesta afirmativa á esta cuestión, me condujo á escribir las *Cortas de un Ermitaño*, que aparecieron, por primera vez, en el *Monde* de París. Allí pinto á grandes rasgos la fisonomía de la época presente, y describo su carácter antierístico. Denuncio las huellas de la apostasía, que se encuentran, á cada paso, en esta sociedad europea, que la Iglesia ha civilizado; no sin recordar las grandes amenazas anunciadas por todos los profetas de la antigua ley, así como por los libros inspirados de la ley nueva, á los pueblos rebeldes á la doctrina de Jesucristo.

Ese pequeño volumen apareció á principios del año 1869.

El Concilio Vaticano, convocado por Pio IX, para el año siguiente, excitó de nuevo el entusiasmo del año 1854. La declaración del dogma no había producido aun el milagro: el Concilio iba á hacerlo brillar. Se publicaban, á la sazón, las profecías aplicables al Papa santo, y al gran monarca, y

se violentaba de tal manera su sentido, que se le hacía figurar en el cuadro de la época presente.

Los estudios que acababa de terminar, hicieronme entrever, por fin, la secta anticristiana, y dieron pábulo á las convicciones diametralmente opuestas á las que veía prevalecer por do quiera: entonces me preguntaba á mi mismo con inquietud, cuál era la conducta que debía observar. Yo oía, en mi interior, dos voces, que me sumían en desesperada perplejidad. La una me decía: «¿que viene arrancar á los católicos una ilusión, que alimenta su fe?» La otra respondía: «la fe del católico, ¿no ha de estar fundada en la sencillez verdad?» En medio de ese tumulto, otra voz se levantaba para advertirme, que se trataba de acontecimientos futuros, y que los que yo previa, por profundas que fuesen mis convicciones, podían muy bien no verificarse.

Reconocía la importancia de esta advertencia; pero estaba inquieto acerca de la salvación de muchas almas. Si la ilusión se desvanecía de repente, la fe de un sin número de mis hermanos, que se apoyaba eficazmente en esa ilusión, ¿cómo podría resistir á tan ruda prueba? ¿No debía, al menos, prepararme para el caso que sobreviniesen nuevos castigos, y exhortarles, no solo á sufrírselos, como cristianos, sino á aprovecharse de ellos?

Por fin, me decidí, y escribí aceleradamente, en italiano esta vez, las *Nuevas cartas de un Ermitaño*, donde puede leerse en las páginas 98 y siguientes, parte de mi pensamiento sobre el Concilio Vaticano, que truzco aquí con fidelidad:

«Lo único que puede razonablemente prevverse, como inmediato efecto de este Concilio, es un recrudecimiento de persecuciones contra la Iglesia; un desencadenamiento mayor de Satanás, y un agravamiento del desorden social. Todos los Gobiernos, ántes católicos, esperan los resultados de este Concilio con actitud desconfiada y hostil, y se preparan para rechazar preceptos, que la Iglesia no dejará de imponer, y de los cuales puede únicamente esperarse la salvación social. Rechazados estos preceptos, nada quedará para la defensa del orden constituido; y la sociedad, á la que Jesucristo dió nombre, rechazando manifiestamente á Cristo, se encontrará, de repente, sumergida en un océano tan profundo de miserias de toda

clase, que mi entendimiento no se atreve á sondear.

«El Concilio Vaticano está llamado á cumplir una gran misión, que consiste, en desmascarar á ese reducido número de Gobiernos, que todavía conservan el nombre de católicos, y no lo son más que de nombre, merced á las instituciones modernas, y al espíritu que la secta les ha inoculado. A estos Gobiernos, que procuran aun ocultar sus errores, para tentar la última prueba de engaño contra el Vicario de Jesucristo, les responderá la Iglesia, que son enteramente inútiles sus esfuerzos y sus astucias. Les responderá, como respondió á Lucifer el Divino Maestro, cuando le ofrecía el dominio del mundo: «Apártate de ahí, Satanás: Porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.» (Mateo, cap. IV.)

«Dispada que sea esta última ilusión, de arrastrar al Papa y la Iglesia á la apostasia disfrazada, bajo el nombre de conciliación con el espíritu de la época, la Iglesia quedará inmediatamente expuesta al furor enemigo; y como una torre rodeada por todas partes de hordas amenazadoras. Gran parte del campo, que ella cultivaba, se lo han quitado ya el cisma y el protestantismo, y lo restante se lo quitará la apostasia de los Gobiernos católicos; porque éstos, perdida toda esperanza de engañarla, se arrojarán en brazos de la secta, más descaradamente que hasta ahora. ¿Qué sucederá entonces? No es difícil preverlo; y cuántos lo prevén, no pueden dejar de reconocer la grandísima importancia del Concilio Vaticano, y bendecir al Pontífice que lo ha convocado.

«La Iglesia se armará para la gran batalla, que es inevitable, y cuyo término será infaliblemente su victoria. Pero la lucha será ruda, y, tal vez, nos ofrezca una imagen de aquella lucha suprema, que tendrá, más tarde, que sostener contra el Anticristo. Para esta lucha, las armas no podrán nunca ser excesivas; y es probable, que la principal sea la definición de la infalibilidad del Papa.»

Yo había añadido en el manuscrito: «una vez forjada esta arma, se habrá logrado el objeto del Concilio: quedará después interrumpido, y Roma caerá en manos de sus enemigos.»

Este último párrafo mereció el honor de las primeras pruebas de impresión; pero, después de maduras reflexiones, lo borré, y llené el vacío, para no echar á perder lo de-

II.

más compaginado, con algunas líneas de definición de la infalibilidad, que pueden leerse al principio de la página 101.

Si el ardor de la caridad me inducía á señalar á mis hermanos los males, que se preparaban, me repugnaba erigirme en profeta. Me lisonjaba, por otra parte, de haber dicho lo bastante, para darme á comprender por los hombres de buena voluntad, y cedía á un movimiento vituperable de desden por aquellos, que no quisieran comprenderme. «Que me importa, me decía, todos esos hombres, que tienen oídos para no oír, y ojos para no ver?» Mis *Nuevas cartas de un Ermitaño*, aparecieron á fines del año 1869; á pesar de la tierna acogida, que los dos más poderosos órganos católicos de Italia, la *Civiltà Cattolica* de Roma, y la *Unità Cattolica* de Turin dispensaron á mis publicaciones, no obtuvieron éxito alguno! La corriente se dirigía hacia los entusiasmos: las colecciones indigestas de profecías contradictorias, llegaron bien pronto á la décima edición; pero mis pobres *Cartas*, no servían sino para embarazar los desvanes de mi casa. Felizmente la había impreso á costa mía, y ningún editor habíase comprometido, por la excesiva natural bondad que me inducía á creer, que en el estado actual de la sociedad cristiana, el conocimiento de la verdad interesaría á cierto número de personas (1).

(1) Si las muchas profecías, referentes al *Gran Papa* y al *Gran Monarca*, no encajan, en la época actual; como dice el ilustre M. de Camille, ó en la situación actual del mundo, como diríamos nosotros: no es, por eso; averturado, sino muy natural; crece, que dicho *Gran Papa* sea el sucesor inmediato de Su Santidad Pío IX; á quien, tal vez; opongan un anti-Papa; las influencias diplomáticas de ciertas Cortes; que, hoy; pretenden herir al catolicismo, en el corazón; procurando entorpecer, y aún imposibilitar, de un todo; á serles posible; la acción exterior de la Iglesia Católica, Apostólica Romana; y la dilatación de su celestial doctrina; que es; la misma de Jesucristo. Nuestro Señor; de que fue, por Él; constituida guardadora fiel, y depositaria infalible! Y, si nos atenemos á la sucesión de pontífices; marcada, en la profecía de *San Malaquías*; ó que se atribuye al venerable obispo

«De dónde saqué la fuerza necesaria, para proclamar verdades, que se han verificado punto por punto? ¿De dónde el valor, para oponerme resueltamente á la corriente, que arrastraba á tantas personas más inteligentes, más perspicaces y de más experiencia que yo? Del conocimiento de la secta.»

Exceduñaron los Libros sagrados y profanos, buscando en ellos puntos de comparación con la época, cuyo espantoso cuadro trazaba, con el fin de asentar previsiones razonadas acerca de nuestro porvenir, y encontrar remedios oportunos á nuestros males; me hallé enfrente de la secta; conseguí asirla y detenerla, para interrogarla y arrancarle el nombre de su padre: el nombre de Satanás.

En otros artículos, hice, conforme lo había prometido, y de una manera distinta de la de mi obra, un resumen rápido de la historia de la secta anticristiana. Ahora voy á escribir la historia de mis ideas, sobre esta materia, y á exponer, por qué lógico enca-

de Armagh, en Irlanda: íntimo amigo de San Bernardo; y si se ha de aplicar al gran Pío IX, la divisa; *hoy día, tan aceptada*; de CRUX DE CRUCE; corresponderá á su sucesor, la de: LUXEM IN COELO; que se roza bastante, con la misión providencial de un gran Pontífice; y ¡qué grande ha de ser dicha misión, después de la imponderable del Jefe actual de la Iglesia de Dios!!! ¿Quién será, pues; el *Gran Monarca*; que coadyuvará á los santos fines del nuevo Papa?... Los acontecimientos revelarán su nombre, su patria y su programa político-religioso! Por lo tanto; no anticipemos explicar lo que, tan solo; el tiempo ha de poner en claro, ante los hombres; y escuchemos; con recogimiento, y atención; la voz de los *Profetas modernos*; que, más de una vez; concuerdan, de un modo prodigioso!!! Y no olvidemos lo que dice el Apóstol:

No apaguéis el Espíritu.—
No desprecéis las profecías.—
Examinad, si, todas las cosas; y ateneos á lo bueno.

(I. TRESSES, V, 19-20-21.)

N.

(Barcelona, á 2 de Diciembre 1874.)

denamiento de estas mismas ideas, obtuve un descubrimiento, que no esperaba.

Meditando sobre el cuadro, que yo acababa de delinear, del estado actual de la sociedad, obligado á reconocer, que me hallaba delante de una época de destrucción, sin igual en la historia; precisado por la evidencia irresistible de los hechos, á proclamar, que la apostasia de la sociedad es general—al menos en cuanto á los Gobiernos, y al conjunto de las instituciones que representan y constituyen las naciones—preguntárame á mi mismo; ¿si una época, tan extraordinaria, como peligrosa para la fe, no había sido prevista y descrita en los Libros sagrados, que contienen la razón de todo, puesto que, son la expresión del poder creador de todo el universo?

El Dios lleno de misericordia, que envió á Jonás á predicar á los habitantes idolátras de Nínive, antes de castigarlos; ese Dios, que había puesto en boca de un sacerdote de Baal, la palabra profética; ¿podía abandonar á nosotros mismos, católicos, pueblo elegido de la nueva ley, los muy amados, los privilegiados de su corazón, los regenerados con la preciosa sangre de Jesucristo? ¿Por qué no buscar en las páginas inspiradas la palabra, que desclirá el terrible enigma? Es verdad, que nosotros tenemos la Iglesia, faro brillante, que el viento furioso, desencadenado por el infierno, jamás podrá apagar; puerto seguro, que no podrán nunca destruir los huracanes de las pasiones humanas. Pero la Iglesia, lejos de condenar los estudios sagrados, siempre los ha aconsejado; y explícitamente así lo ha declarado en varios Concilios.

¿Plugniera á Dios, que los cristianos hubiesen seguido esos sabios consejos! ¿Qué alimento mas nutritivo y sano, que la palabra de Dios? ¿Quién, como ella, puede infundirnos vigor en nuestro desfallecimiento? ¿Quién, como ella, puede consolarnos en nuestros males? El origen de esos males no se halla, por ventura, en el olvido, en que, desde algun tiempo, con tanto gusto, abandonamos los Libros sagrados? Entre los protestantes de Inglaterra, de Alemania, de los Estados Unidos, los trabajos de exégesis se multiplican. Y nosotros, los solos poseedores de la verdad entera, nosotros, que debiéramos emprenderlos con mas valor, protergidos, como estamos, por una autoridad infalible, y siempre dispuesta á sostenernos

en un camino seguro; nosotros, descuidamos esos Libros! Y, sin embargo, solo el católico puede decir con San Pablo: «Ciertamente no somos nosotros como muchísimos, que adulteran la palabra de Dios, sino que la predicamos con sinceridad, como de parte de Dios, en la presencia de Dios, y según el espíritu de Jesucristo. (Cor. 11, 17.)»

Los Libros que la Iglesia ofrece á la meditación y veneración de los fieles, esos Libros, de donde saca ella los tesoros de la fe ¿han pronunciado su última palabra?

«En todas las enseñanzas sobre el dogma y sobre la moral, escribe el presbítero Moglia, la Biblia es perfectamente conocida, gracias á la autoridad infalible de la Iglesia, que, como un faro brillante, nos indica el puerto de la vida eterna. Alumbra por ella, entendemos todos los textos sagrados, cuyo verdadero sentido nos es de suma importancia conocer. Así es, que, en lo concerniente á nuestra fe, y á nuestra conducta, las divinas Escrituras alcanzan su objeto. La ley nos es conocida: á nosotros toca observarla. En lo relativo á la historia, á la filosofía, á las ciencias, y hasta á las profecías, cuyo cumplimiento se ha verificado, los Libros santos se comprenden ahora fácilmente: y lo debemos á las doctas elucidaciones de los escritores eclesiásticos. Pero, independientemente de todo lo que se refiere á los dogmas, á la moral y á los demás puntos, que acabamos de enumerar, existe aún en los Libros inspirados lo que mira á lo porvenir: hay multitud de oráculos diseminados en el antiguo y nuevo Testamento; oráculos, que forman, es verdad, la menor parte de la revelación escrita, pero que no han sido bien comprendidos, hasta nuestros días. Importa, sin embargo, sondearlos, pues que nos aproximamos á la época, en que esas profecías tendrán su cumplimiento. (Ensayo sobre el libro de Job.)»

Pero una autoridad, superior, incomparablemente, á la de ese sabio y piadoso teólogo, y á todas las autoridades, deja al parecer, muy pocas dudas, acerca de este punto; hablo de la autoridad de Jesucristo. El les dice (á los profetas): «Todo doctor, bien instruido en lo que mira al reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que va sacando de su repostero cosas nuevas y cosas antiguas, según convenga: (Math. c, XIII, 32.)» Si los comentaristas no ven, en este pasaje, la promesa formal, de que puede

sacarse de todos los Libros sagrados algunas verdades aplicables á los acontecimientos, que han de verificarse, hasta el fin del mundo, el número y la valía de los que adoptan esta opinión, basta para ahuyentar la timidez natural de cualquiera, que se arriesgara, como yo, por vez primera, en semejantes estudios; pues llevarían á su alma la tranquilidad, por lo mismo que la Iglesia no ha condenado su interpretación.

Cuanto mas reflexiono sobre el estado actual de la sociedad, más se arraiga en mi ánimo un sentimiento, que no sabría definir, y que me hace creer, que las mismas venerandas páginas, de donde la Iglesia había sacado todas las verdades necesarias á los fieles, debían proporcionarles las verdades necesarias para combatir y vencer á sus enemigos, puesto que, para salvarse, no basta amar y querer el bien sino que es necesario detestar y huir del mal. Ahora bien; ¿cómo combatir los mas formidables enemigos, si solo se les conoce, confusamente?

Consagrado en cuerpo y alma á la defensa de la Iglesia, nada deseaba tanto, como hojear de prisa los Dos Testamentos, buscando en ellos las huellas de la secta, ó, al menos, la condenación divina de la secta. Pero un obstáculo, que me pareció por largo tiempo insuperable, me detuvo: este obstáculo lo encontré en el siguiente pasaje de San Atanasio: «para sondear y descubrir el verdadero sentido de la Escritura se requiere una vida sin tacha, un alma pura, y la virtud, que es, según Jesucristo... sin la pureza del espíritu, y sin la imitación de los Santos en vano trataríamos de comprender las palabras de los Santos.» (De Incar. Verb.)

La lectura de este pasaje me desalentó tanto, que, por espacio de muchos meses, no pensé en ocuparme de la secta. Por una parte, me parecía inútil estudiarla fuera de las Santas Escrituras; por otra, veía en la advertencia, tan poco equívoca de San Atanasio, una prohibición absoluta, de poner el pie en ese florido jardín de todas las verdades. Mas, cuando plugo á Dios, saquéme de mi perplejidad, el versículo siguiente del Eclesiástico, que cayó, por casualidad, bajo mi vista. El Eclesiástico exige de aquel, que desea conocer la verdad, que desde muy de mañana dirija su corazón al Señor... que abra su boca para orar, y pida perdón de sus pecados... y el Señor le llenará del espíritu de inteligencia (XXXIX, 6 y sigs.)

Estas palabras me reanimaron. Tenía la promesa formal, de que el pecador—con tal que esté arrepentido de sus faltas—puede buscar la verdad en las páginas inspiradas. Por otra parte—y este fue el razonamiento que acabó con mis fluctuaciones—me dije: «amar la verdad, y amar á Dios, significa lo mismo; y estoy seguro de que Dios no me condenará por haberle amado mucho.» Empecé, y presto, de nuevo mis estudios con ardor; el fruto de esos estudios fueron los dos volúmenes de la *Historia de la secta anticristiana*, que apareció en 1871.

Esta obra se resiente de las fluctuaciones de mi alma. Mientras escribía, estaba buscando lo que busco aún: alguna persona revestida de todas las cualidades que á mi me faltan—virtud, talento, autoridad—la cual quisiera apoderarse de mis ideas, sacar partido de mis descubrimientos, y proclamar, en vez de hacerlo yo, las verdades, de las cuales apenas me atreva yo á hablar. De ahí, cierta timidez de lenguaje muy justificada, por lo que á mí respecta, y que no permite apreciar toda la importancia de la materia: me contenté con indicar algunos apuntes; pero no tuve valor para desenvolverlos: díjese materiales á los historiadores, en lugar de hacer una historia: en una palabra, coloqué los jalones á lo largo de los anales del mundo, para que pudiera escribirse una filosofía nueva de la historia, supuesto que yo no me atreva á edificar con mis débiles manos.

Una idea cosa que procure resaltará claramente en mi historia de la secta anticristiana, es la distinción esencial, entre esa secta, y la multitud de los males. Veía claramente, que convenia insistir en este punto. Habría sido, por mi parte, una temeridad excesiva, por no decir locura, hacer lo que habían ya hecho tantos escritores, entre otros, san Agustín, en su *Ciudad de Dios*.

Lejos de confundir el pecado original con la secta, he tratado de no confundir esa secta con las demás, con las herejías, cismas, rebeliones, y otras aberraciones, bajo cualquiera forma que se hayan presentado; y he alzado mi voz para decir, que la secta, nada deseaba tanto, como esta confusión, bajo la cual ha tratado siempre de ocultarse, desconcertando así, las investigaciones de los historiadores.

No ignoraba, que en todas las rebeliones del hombre, contra la ley de Dios, anda por

medio Satanás; y que no es solo el pecado original, sino los siete pecados capitales, los que asolan, en provecho suyo, la tierra; pero se pueden cometer todos los pecados capitales, sin pertenecer á la sinagoga de Satanás, á la secta anticristiana. Un sin número de errores han venido á atacar á la Iglesia, y á las verdades, que ella defiende; el infierno suscita esos errores; mas, todos esos errores, son propios de la secta; ella sabe aprovecharlos, porque, todos los enemigos de la Iglesia son amigos suyos; pero, por cuenta suya, ha conservado siempre en sus sinagogas algunas tradiciones, ciertas prácticas, usos, ceremonias, invocaciones, en una palabra, un culto que le es propio.

Fué del numeroso pueblo de los malos, de donde salió Ario, para negar la divinidad de Jesucristo. Nestorio, atacó la maternidad de la Santísima Virgen. Eutiques, derramó sus sofismas, sobre las dos naturalezas divina y humana de nuestro Redentor; todos estos fueron abogados de Satanás; pero no tuvieron nada de comun con su sinagoga. Lo mismo debe decirse de muchos otros herejes, como los Monotelitas, los Pelagianos, los Macedonios, etc. Focio se separó de la Iglesia, y Mahoma la persiguió cruelmente; pero ni al uno, ni al otro colocó yo, entre los adeptos de la secta anticristiana. El mismo Lutero, que fué otro de los más poderosos instrumentos del mal, fautor y propagador infalible de los sendo-principios sectarios, no creo haya dado nunca su nombre á la secta anticristiana; por cuyo motivo no le he contado entre sus miembros.

El ejército de los malos es inmenso, y se corre el riesgo de perderse, con solo enumerar sus principales capitanes. San Ireneo, que vivía en tiempo de san Policarpo, discípulo del apóstol san Juan, y que vivió en su cuna á la iglesia, tuvo que hacer grandes esfuerzos para combatir las herejías, que pululaban en torno suyo. San Epifanio, contaba ochenta al principio del siglo V; san Filastro, su contemporáneo, compuso un catálogo aún más largo; san Agustín, en su libro de *Heresibus*, que escribió en el año 428, por encargo del diácono Quodvultdeus, se encontró en presencia de ochenta y ocho jefes de herejía. La lista ha aumentado á través de los siglos, siempre en provecho de Satanás; pero sin que, por ello, puedan contarse todos esos millares y millones de

rebeldes á la ley de Dios, entre los afiliados á la secta anticristiana.

El Obispo de Hipona, se vió obligado á confesar, que nada habia comprendido de los misterios de los Maniqueos—que formaban la secta anticristiana de su tiempo—é hizo esta confesion, despues de haber pasado ocho años en sus reuniones.

Pero si bien el gran doctor africano no pudo descubrir la verdad entera, quedó horrorizado del poder de la secta. Quizá su ojo de águila, penetrando á través de la noche de los siglos venideros, tuvo como un presentimiento, de la obra de destruccion que la secta debía cumplir. En efecto, el Santo trabajo sin tregua ni descanso; por do quiera que la secta se presentaba, encontraba á su paso al valiente campeón de la verdad. Escribió contra ella la obra de las *Costumbres de los Maniqueos*, la *Disputa contra Fausto*, la epistola del *Fundamento* y 33 libros más contra *Fausto*, y muchos otros contra *Felix*. La atacó, principalmente, en los tres libros del *Libre arbitrio*, en el libro de las *Dos almas*, y en otros escritos innumerables. Se ve, que no creía cercana la muerte de la secta, y, por cierto, que no se engañó.

Manes, en efecto, no ha muerto. Su secta le ha sobrevivido—como lo demuestran Bossuet y Muratori—y gracias á sus procederes misteriosos, gracias al secreto que sus adeptos juran guardar, á pesar de las excomuniones de la Iglesia y á despecho de la persecucion de la autoridad civil; sus doctrinas, sus misterios, sus prácticas se han conservado, hasta el 89; en esta época, la secta, abandonando sus antros, empezó en Francia á empeñar una batalla, contra la autoridad religiosa y civil, en nombre del progreso, que se trasformó, luego, en mundo moderno; y el campo de batalla se ha extendido, poco á poco, á toda la Europa.

La Sinagoga de Satanás tiene signos, que le son propios, caracteres particulares, y todos los preterchos de guerra. Pero la historia ha sabido ocultarse de tal manera, á todas las miradas, durante su larga existencia, que nadie ha podido nunca distinguir de todas las demas rebeliones suscitadas por Satanás, contra la verdad y la justicia. Despues de haber examinado esos signos particulares, y tratado de compendiarlos en una obra en dos volúmenes; no tengo motivo para admirar, que, precisamente á mí, se dirija el

reproche, de confundir la secta con el pecado original?

Mas, en lugar de admirarme, prefiero explicaciones. Puesto que se me dirige ese reproche, debo conceder, y lo hago con gusto, que mis demostraciones son, en alguna parte, incompletas, y tienen necesidad de más amplias aclaraciones. Si doscientas personas me han escrito, para manifestarme, que me han comprendido con la simple lectura de la *Historia de la secta anticristiana*, bien puedo esperar, que completándola con nuevas pruebas; acabaré por hacerme comprender de todos los cristianos. *Quod erat in votis*.

Y, en verdad, que es esto lo que con más ardor y sinceridad deseo.

La sociedad Cristiana se halla ya en los mayores apuros, gracias á los esfuerzos de enemigos ocultos, que se sirven, en su obra de destruccion, de una multitud ignorante é inconsciente de lo que hace. Si nosotros, no nos apresuramos á descubrir esos enemigos, y á colocarnos en línea de combate, en frente de ellos, la espantosa amenaza de Jesucristo, contra la apostasia, de Jerusalem, se cumplirá al pié de la letra contra nuestra apostasia; y no quedará piedra sobre piedra de todo el edificio cristiano.

No es ni la ambición de gloria, ni la esperanza de luero lo que me ha inducido á hacer esas investigaciones; es, sí, el amor ardiente de mis hermanos; y cuando digo hermanos, hablo tambien de los adeptos de las Logias, que no conocen lo que la Masonería se propone, y que pueden arrepentirse de sus faltas, y volverse cristianos fervorosos, hasta el punto de sonrojarme con el ejemplo de sus virtudes. Dios se ha dignado bendecir mi buena voluntad, concederme la luz necesaria para conocer el misterio de iniquidad, que se operaba desde largo tiempo, y poner de manifiesto ese ciner oculto, que va royendo la sociedad cristiana.

Nadie pido que crea en mis palabras; solo pido á mis hermanos, y por su propio interés, que examinen las verdades, que prodas las miradas, durante su larga existencia, que nadie ha podido nunca distinguir de todas las demas rebeliones suscitadas por Satanás, contra la verdad y la justicia. Despues de haber examinado esos signos particulares, y tratado de compendiarlos en una obra en dos volúmenes; no tengo motivo para admirar, que, precisamente á mí, se dirija el

La secta anticristiana prepara el reinado

del último Anticristo. Lejos de lanzarnos en brazos de un fatalismo, digno solo de un mahometano, el conocimiento de esta verdad debe conducir á Jesucristo y á la Iglesia, no solo á todos sus hijos extraviados, si que tambien á gran número de adeptos, que se han inscrito en las Logias, con un fin diametralmente opuesto al que los iniciados los arrastran. El último Anticristo, como todos sus predecesores, no será sino un instrumento de la justicia de Dios. Pues bien; el Eterno es justo, y cuando se merecen sus venganzas, se puede estar seguro, de que se experimentarán. He ahí, porque la época precisa del formidable tirano, no está designada en parte alguna. Esta aparicion funesta, depende de la conducta de la Cristiandad.

Si vemos, en la actualidad, que la secta anticristiana sale de sus antros, se apodera de los Gobiernos, y nos impone su yugo, es porque nadie conoce sus funestos designios; la inmensa mayoría de los adeptos los ignora completamente; y el mundo católico no opone á la secta la resistencia que debiera oponerle. Lo que le da más fuerza es nuestra ignorancia acerca del objeto que ella se propone. Sin el concurso inconsciente de una multitud extraviada y seducida por sus falsas doctrinas, nada sería, y bien pronto tendría que ocultarse de nuevo en sus antros (1).

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 28 y 29 de Noviembre 1874.)

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores, hácia la página 216 del Tomo I de esta *Suma Filosófica*; y hácia las páginas 268, 506 y siguientes del Tomo II (2.ª parte); de la misma: en las que se declaran, con datos seguros, las épocas *fixas* del nacimiento, y muerte trágica del último Anticristo, el *Anticristo personal*. ¡Ojalá, que «dependiese, aun hoy; su lúgubre aparicion, de la «conducta de la Cristiandad!!!» Pero, no; por desgracia: no es, así! Y nos péra, tener que opinar otra vez fuera de las convicciones del esclarecido autor de la *Secta anticristiana*. Y tal es el *gran misterio*; que enciertran, la prómulgacion del dogma de la

Inmaculada Concepcion de *Maria*; su aparicion, en el santo monte de la Saleta; o sea de la *Salud de las Naciones*; y la Indiccion del Sacro Concilio Eucumenico Vaticano: *el anuncio de la proximidad del fin de los tiempos; y de la venida del hombre del pecado, de que tratan los Libros Sogrados; y que ha de ser, necesariamente, anterior.*— Lean nuestros lectores, la Bula Pontificia

del 8 de Diciembre 1854; y verán, si la meditan; que no andamos tan lejos de la verdad, cómo algunos creen!!!

N.

(Barcelona, á 8 de Diciembre 1874; fiesta de la Inmaculada Concepcion de *Maria*.)

LETRAS APOSTÓLICAS

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE, PIO, POR LA DIVINA PROVIDENCIA
PAPA IX, ACERCA DE LA DEFINICION DOGMÁTICA DE LA INMACULADA
CONCEPCION DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS.

Pio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria:

Dios, que es inefable, cuyos caminos son la misericordia y la verdad, cuya voluntad es la omnipotencia, y cuya sabiduria alcanza de un extremo á otro con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad; habiendo previsto, desde toda la eternidad, la desastrosa ruina de todo el linaje humano, á consecuencia de la transgresion de Adán, y decretado, en el misterio escondido de los siglos, llevar á cabo, con un misterio aún más oculto, por medio de la Encarnacion del Verbo, la primera obra de su bondad, para que, contra su misericordioso propósito, no pereciese el hombre, que había sido llevado á la culpa por la astucia de la diabólica iniquidad; y que lo que en el primer Adán había de caer, fuese restaurado con ventajas en el segundo; eligió y preparó, desde el principio, y ántes de los siglos, para su Unigenito Hijo, una Madre, de la que, hecho carne, naciese en la venturosa plenitud de los tiempos; y amó á esa Madre, tanto sobre todas las criaturas, que en sola ella tuviese la más grata complacencia. Por eso, la colmó maravillosamente de tal abundancia de celestiales carismas, sacados del tesoro de la Divinidad, sobre todos los espíritus angélicos, y sobre todos los Santos, que ella, libre siempre, y enteramente, de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta, presentase tal plenitud de inocencia y santidad,

que, después de Dios, no puede concebirse mayor, y que fuera de Dios, nadie puede alcanzar, ni aún con el pensamiento; y, en verdad, era muy propio brillase siempre adornada con los esplendores de perfectísima santidad, y que enteramente immune, hasta de la misma culpa original, reportase de la antigua serpiente el más completo triunfo tan venerable Madre, á la que Dios Padre dispuso dar su Hijo Único, á quien, de su corazon engendrado igual á sí, ama, como á sí mismo; y dispuso dársele de tal manera, que, naturalmente, fuese uno y el mismo comun Hijo de Dios Padre, y de la Virgen, y á la que el mismo Hijo eligió para hacerla sustancialmente Madresuya, y de la que el Espíritu santo quiso, y así lo ejecutó, que fuese concebido y naciese Aquel de quien él mismo procede.

* Y esta original inocencia de la augusta Virgen, intimamente enlazada con su admirable santidad, y con la excelsa dignidad de Madre de Dios, la Iglesia católica, que, enseñada siempre por el Espíritu Santo, es columna y firmamento de la verdad, jamás ha dejado de proponerla, fomentarla, explicarla y desenvolverla más y más de cada día, con muchas razones y con brillantes hechos, como poseedora de la doctrina recibida de Dios, y comprendida en el depósito de la revelacion celestial. Pues, esta doctrina, vigente, desde la más remota antigüedad, arraigada profundamente en el ánimo de los fieles, y propagada admirablemente en todo